corramos por medio de la paciencia á pelear en la batalla, que nos está propuesta para conquistar y conseguir el reino del cielo, llevando siempre para imitarle, puestos los ojos en el Autor y Consumador de la fé, el cual teniendo libertad para elegir entre el gozar y el padecer, se abrazó con la cruz, no haciendo caso de su confusion, para subir por ella á su trono, y para persuadirnos á todos con su ejemplo, además de la fé de su palabra, de que, si por medio de la mortificacion muriéremos con él, viviremos con él; y si padeciéremos con él, reinaremos con él, y no de otra suerte, como el mismo apóstol nos testifica. Acabar con un coloquio, pidiendo al mismo Señor su imitacion perfecta.—*Pater noster.*

En este ejercicio se comprenden, como está dicho, todos los de la tercera semana de San Ignacio.

EJERCICIO DUODECIMO.

DEL AMOR DE DIOS.

Este es el último ejercicio de la cuarta semana de San Ignacio; para lo cual dispone el santo al ejercitante por todo el resto de ella, con meditaciones de los misterios de la resurreccion de Cristo Señor nuestro, y el fruto que con él se pretende, que es el amor de Dios perfecto, es el fin de todos los ejercicios, y de toda la vida espiritual.

Antes de entrar en él, supone el santo dos

principios ciertos. El primero: que el amor más consiste en obras que en palabras, segun aquello de San Juan en su primera Epístola: Hijitos mios, no amemos de palabra y con sola la lengua, sino con obras y con verdad. De donde vino el proverbio comun, obras son amores, y no buenas razones. Y concuerda lo que tambien nos dice Cristo en su evangelio por San Juan: si me amais, guardad mis mandamientos. Y luego: el que tiene y guarda mis mandamientos, ese es el que me ama.

El segundo principio es: que las obras en que el amor consiste son, dar cada uno de los que se aman, al otro, de todo lo que tiene ó puede; como si tiene ciencia, honores, riquezas, etc., comunicárselas en cuanto pudiere; de manera que el amor verdadero principalmente consiste en la comunicacion de los bienes del amante al amado.

Tambien se puede poner por principio, para dar fuerza á los discursos de este ejercicio, lo que dice el Espíritu Santo en los Proverbios: que los que dan dones, roban los ánimos de los que los reciben, y aquellos proverbios vulgares: dádivas quebrantan peñas: el amor es piedra imán del amor; amor con amor se paga, y no con otra cosa, ni con menos.

La oracion preparatoria, será la ordinaria. La composicion de lugar, imaginarme delante de Dios, benigno y amoroso para conmigo y delante de todos sus ángeles y santos que le ruegan por mí. La peticion, pedir conocimiento verdadero de tantos beneficios como Dios me ha he-

cho, para amar y servir á su Magestad como debo, en correspondencia de ellos.

El primer punto: traer á la memoria todos los beneficios que me ha hecho, como son: el de la creacion, á que pertenece el sér del alma y cuerpo, con todas sus partes y miembros, con todas sus potencias y sentidos: el de la conservacion, á que pertenece el concurso continuado de la Omnipotencia Divina y todos los demás bienes de naturaleza intrínsecos, que á mi conservacion se ordenan: el de la redencion, á que pertenece la venida del Hijo de Dios al mundo, y todo lo que hizo y padeció en carne mortal, los sacramentos que instituyó, los auxilios de gracia que nos ganó y los demás dones sobrenaturales comunes que nos ha dado; y finalmente consideraré todos los beneficios particulares que á mí en particular Dios me ha hecho, que si bien los medito, hallaré son sin número, con todos los otros males de que me ha librado, que tambien son beneficios mios. A que se agrega el deseo que Dios tiene de dárseme á sí mismo eternamente en la gloria, y aquí puedo estender la consideracion largamente por todos los bienes de la gloria, que Dios me tiene preparada, y por todos los males del infierno de que hasta ahora me ha librado, y para siempre desea librarme.

Ponderaré la excelencia del dador, la multitud y grandeza de los beneficios, la intensidad del amor con que Dios me los ha hecho, que es infinita; cuán desinteresadamente; cuán de gracia, y sin méritos de mi parte; movido de sola su bondad, que es infinitamente comunicativa de sí; y usando de los principios supuestos arriba, con-

cluiré: Si obras son amores, y el amor consiste en la comunicacion de los bienes del amante al amado, ¡cuán grande, cuán infinito es el amor que me tiene Dios, pues tanto ha obrado y obra, y desea obrar por mí, y tanto me ha comunicado, y contínuamente me comunica y desea comunicarme de sus bienes! Y si amor con amor se paga, ¿con qué amor le debo yo corresponder, comunicándole y entregándole de mi parte todo cuanto soy, y cuanto bien tengo y puedo, especialmente siendo todo suyo, pues todo me lo ha dado? Y si los dones roban los corazones, y dádivas quebrantan peñas, ¡oh corazon mio rebelde! ¿cómo con tantos dones, no te dejas robar de Dios? ¡Oh mas duro que el diamante! ¿Cómo á tantos golpes de dádivas haces tan poco sentimiento? ¿Cómo no se ablanda tu dureza al fuego de tan grande amor?

Aquí volveré sobre mí, y avergonzado de mi mala correspondencia, procuraré tenerla mejor. Y así con grande afecto y prontitud, volviéndome á Dios, me pondré todo en sus manos, y le ofreceré todas mis cosas, diciendo: tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, entendimiento y todas las demás cosas mias, con todo lo que soy y puedo; vos me lo disteis, á vos, Señor, lo retorno; todo es vuestro, disponed de todo á vuestra voluntad; dadme vuestro amor y vuestra gracia, que eso me basta.

El segundo punto: mirar como Dios habita en las criaturas: en los elementos, dándoles el ser: en las plantas, dándoles vivir: en los animales dándoles sentir; y en los hombres dándoles, fuera de eso, entender; y así en mí habita, dán-

dome sér, vivir, sentir y entender: y tambien como en templo suyo, criado á su imágen y semejanza, y adornado con los dones sobrenaturales, con los cuales está en mí, conocido, creido, amado y reverenciado como en su templo. Ponderaré, discurriré y concluiré, y de mi parte retornaré con crecido afecto, como en el punto pasado.

Reflexionaré tambien sobre que Dios, no por tercera persona, ni envidiándolos desde su casa á la mia, (como lo hiciera un rey de la tierra al mas querido vasayo suyo) sino por sí mismo, y como trayéndomelos él mismo á mi casa, me ha dado y da sus dones, portándose de la misma manera, en lo que ha dado y da por mí, respecto á todas las demás criaturas de mi servicio, que es admirable dignacion: de donde sacaré, que yo debo tambien corresponder en la misma forma, retornándole y empleando con todo afecto de amor, en servicio suyo, cuanto soy, tengo y puedo; no como quiera, sino en presencia suya, trayéndole siempre delante, y sirviéndole en su presencia; que es mas alto grado de amor de Dios, y mas estimable, y mas puntual en el cumplimiento de su voluntad; así como es mas alto y mas estimable el servicio que se hace á un rey de la tierra en presencia suya, y mas á propósito para conocer y cumplir su voluntad, que no el que se hace en su ausencia.

El tercer punto: cosiderar cómo Dios trabaja (esto es, se conduce como quien trabaja) en todas las cosas criadas: en los cielos, elementos plantas flores, frutos, etc., y en mí mismo, conservándolo todo y concurriendo por sí inme-

diatamente con todas las cosas á todos sus movimientos y acciones de vivir, sentir, entender y las demás; porque en él vivimos, nos movemos y somos, como dijo el Apóstol. Discurriré y me ofreceré como arriba.

Ponderaré aquí de nuevo la extraña dignacion de Dios, no solo en sustentar mi sér, y ayudarme por sí mismo á todas mis acciones, sino en dar sér y conservar todas las demás cosas, á fin de que me sirvan á mí; y lo que mas es, en ayudarlas á todas por sí inmediatamente á servirme. ¿Qué dijéramos del amor de un rey para con su esposa, que no solo le obligase á procurarle y sustentar todo género de criados para su servicio, sino que él mismo por sí y con todos trabajase en servirla, ayudando á cada cual en su oficina, á lo que obrasen para ella? ¡Oh amor de Dios para conmigo, que á tanto mas le obliga!

Procuraré en correspondencia subir al tercer grado de amor de Dios, que sabe juntar, con la presencia suya, el trabajo puntual en todos las cosas de su gusto, sin perder, por el trabajo de afuera, su vista, ni la quietud y paz interior, lo cual se alcanza, reduciendo todas las ocupaciones y cosas, á una sola, que es agradarle.

El cuarto punto: mirar como todos los bienes descienden de arriba: así como, mi potencia limitada, de aquella suma é infinita: y lo mismo la sabiduría, bondad, justicia y misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos; de la fuente las aguas, etc. Por aquí se nos abre camino para subir por las perfecciones criadas á contemplar las divinas de donde se originan y á donde están con infinitas ventajas. Y así discurriré

extensamente considerando la grandeza del Sér de Dios, su independencia, su eternidad y todos los demás atributos suyos: Bondad, Hermosura, Sabiduría, Omnipotencia, Inmensidad, Misericordia, Justicia, Liberalidad, etc., ponderando en cada uno de por sí sus condiciones y propiedades: de donde pasaré al cuarto y mas perfecto grado de amor de Dios, con que es amado por sí mismo como Bien Sumo, que encierra en sí todos los bienes: de suerte que el que así le ama, nada halla que amar sino á Dios: y así, ni á criatura alguna, ni á sí mismo ama por lo que son; sino solo á Dios en todas, y á todas en Dios, conforme á su santísima voluntad. Acabaré con un coloquio, pidiendo afectuosamente á Dios me dé luz para conocer su bondad infinita, y gracia para que yo viva siempre encendido en su amor, cumpliendo en todo y por todo su perfectísima voluntad.—*Pater noster.*

ADVERTENCIA.

El camino para la salvacion y para la perfeccion cristiana, que San Ignacio nos enseña en estos Ejercicios, es el mismo que Cristo nuestro Señor vino á enseñarnos desde el cielo con sus palabras y sus ejemplos, y así es el único, verdadero y seguro; esto supuesto, exhorto á todos los fieles, que si quieren asegurar su salvacion, y caminar á su perfeccion, hagan estos Ejercicios una vez al año, ya teniendo padre de espíritu que les asista, y se los dé, (que es lo mejor) ya á falta de él, gobernándose por este librito, segun la instruccion arriba puesta al principio de

él: y si ocurrieren algunas dudas, acudiendo con ellas á algun confesor píó ó docto; y yo sin duda aseguro á todos los que los hicieren, que nunca jamás se arrepentirán de haberlos hecho.

EJERCICIO DECIMOTERCIO.

DE LA PERSEVERANCIA EN LA VIRTUD.

La oracion preparatoria, la ordinaria. La composicion de lugar, considerarme entre dos extremos de cielo ó infierno para siempre, si persevero, me dará Dios su gloria en compañía de los bienaventurados; y si no, eterna pena en compañía de los demonios. Pediré á Dios, que pues ha comenzado la obra de mi salvacion, la acabe perfectamente, dándome el don de la perseverancia, y que tenga tal providencia de mi muerte, que sea principio de mi eterna vida.

PRIMER PUNTO: considerar el bien grande que encierra la perseverancia en la virtud, que no es menor que el de la eterna bienaventuranza de la gloria; pues por eso dijo Cristo nuestro Señor: el que perseverare hasta el fin, este será salvo. No dijo el que tuviere otros grandes dones de Dios, ni el que tuviere esperanza, ni el que antes hubiere hecho cosas maravillosas: sino el que perseverare hasta la muerte en la virtud y caridad, este será salvo. De suerte, que solo la perseverancia logra el valor de la sangre de Jesucristo, nos abre las puertas del cielo, y en un punto nos pone en la posesion de nuestra eter-

na felicidad, recompensándonos con un inmenso tesoro de gloria, el afan que tuvimos en procurarla.

Ponderaré el consuelo y gozo que tendrá el alma al salir de este mundo, cuando vea claramente que ha perseverado hasta el fin, y que por ello entra en posesion de una eterna herencia de bienes inefables, que ha de gozar en adelante sin temor de perderlos jamás. Le dará el parabien el ángel de su guarda, regocijándose con ella; y Cristo su Esposo, introduciéndola en su gloria, le dirá: ya que has sido fiel en lo poco, yo te haré feliz en lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. ¡Oh dia feliz y digno de todos los trabajos ds esta vida!

SEGUNDO PUNTO: considerar las causas de donde proviene este soberano beneficio, para que tengamos confianza de alcanzarle. La primera es, la infinita bondad y misericordia de Dios, el cual viendo que los hombres de su naturaleza eran mudables é inclinados al mal; quiso tener especial providencia de algunos, en los cuales mostrase (como dice el apóstol) las riquezas de su gloria; y por eso los llama vasos de misericordia, preparados para gloria suya. La segunda causa son los infinitos méritos de Cristo, por los cuales quiso el Eterno Padre asegurarle una familia de escogidos, conformes á su imágen, para que fuese Primogénito entre muchos hermanos parecidos á él en el ser de la gracia y de la gloria, como lo eran en el ser de la naturaleza. Y de aquí es, que aunque los que perseveran en el bien, son pocos respecto de los inconstantes; pero absolutamente (como dice San Juan) son

como innumerables, porque así convenia á la grandeza de la piedad de Dios, y á la dignidad del Salvador y á la eficacia de sus merecimientos.

Ponderaré cuán poderosos son estos motivos para que yo no desmaye, antes confie mucho alcanzar la perseverancia en el bien; pues Dios en cuyas manos está tan precioso don, ha comenzado ya la obra de mi salud, y me ha dado tantos medios y auxilios para su consecucion; y puedo creer, que si le soy fiel, me los dará mayores en adelante. Ponderaré tambien, como no falta ya sino mi cooperacion, á la cual debo mucho alentarme, á vista de la beneficencia de Dios, y de cuánto me importa el entrar en esta numerosísima y gloriosa multitud de escogidos.

Para esto miraré muy despacio lo que hicieron los santos para perseverar: con qué temor de Dios vivieron, con qué cuidado y guarda de su corazon, con qué asperezas y penitencias, resistiendo valerosamente á las tentaciones, todo á fin de que los hallase Cristo en vela á la hora de la muerte, y con la antorcha de la caridad encendida, para ser dignos de la bienaventuranza. Y ¿qué, si miro á los mártires, á quienes la atrocidad de tantos tormentos no pudo reducirlos á que dejasen de ser fieles á su Dios? ¿Cómo yo no me esfuerzo, cómo no me aliento á vencer cualesquiera dificultades para perseverar, pues aun á mucho menor precio me dará Dios este soberano don? *Iesus Christus heri, et hodie.* El mismo es Dios ahora que entónces, para ayudar á los que trabajan por el reino celestial.

TERCER PUNTO: considerar el gravísimo daño que haré á mi alma si no persevero hasta el

fin; pues le quito la gracia, la cual es alma de la misma alma; y no solo eso, sino que le quito la esperanza de recobrarla. La despojo tambien de todos sus merecimientos, los cuales no le servirán de otra cosa que de hacer mas sensible su pérdida; porque despues de haber empleado tanto trabajo en conseguirlos, nada le han de valer, solo porque no perseveró. ¿Qué lástima seria ver á un príncipe, que va conquistando un reino que le pertenece, el cual despues de muchos afanes, muchas batallas y victorias, cuando estaba para coronarse, por un descuido suyo ó por pereza de tomar las armas, es vencido de sus enemigos, despojado del reino y condenado á morir en una hoguera? Pues mayor desgracia será la mia, si no me tengo fuerte en la pelea hasta el fin, procurando vencer mis enemigos, en especial á mí mismo, como el mayor de ellos, acordándome de lo que dice Cristo: que el reino de los cielos padece violencia, y que solo los que se hacen fuerza, lo arrebatan y alcanzan.

Ponderaré, que no solo será grande esta desgracia por perder el cielo, sino por dar en otro extremo horrible, que es el infierno, en donde seré cruelísimamente atormentado para siempre, por no haber padecido un poco en este mundo. Añadiránse las befas y escarnios de los demonios, que me darán en rostro con que pudiendo salvarme con un poco de trabajo, quise mas irles á hacer compañía en un tormento eterno. ¡Y qué congoja será la mia, si mirando al cielo, veo que otro ocupa la silla de gloria que yo tan inconsideradamente desprecié!

CUARTO PUNTO. Visto ya lo que me importa el perseverar, y resuelto á hacer lo que pueda para conseguirlo, he de ver los medios que me conducirán á ello con alguna seguridad.

Cierto es, que para llegar á la bienaventuranza eterna, no hay sino guardar los mandamientos de Dios, como lo dijo Cristo á uno que deseaba salvarse; por lo cual debo yo tambien ahora renovar los propósitos, de primero morir que ofender á su Magestad; pero no obstante, ponderaré, que si bien este medio es tan claro y está en nuestra mano con la gracia del Señor; muchos no logran su salvacion, aun de aquellos que han sido ilustrados de Dios, y algun tiempo han vivido fervorosos y resueltos á conseguirlo. Con esto es razon, que conciba yo temor de que no me suceda lo mismo, y me determine á poner otros medios para perseverar.

Estos son: 1º El fundarme bien en las virtudes principales del cristianismo, que son el amor de Dios y del prójimo; porque nada se le hace difícil á quien ama: el temor santo de Dios, que es guarda de sus mandamientos; la paciencia, la cual en algun modo es el carácter de los escogidos, que han de ser semejantes á Cristo crucificado, y singularmente la humildad, que por eso viendo en espíritu San Antonio Abad el mundo lleno de lazos, y esclamando: *Pues Señor, ¿quién se salvará?* Le fué respondido: *el humilde.* 2º No olvidarse de los desengaños que Dios nuestro Señor nos ha dado en los ejercicios, y en otras ocasiones; pues la Sagrada Escritura atribuye el perderse los hombres á que se olvidan, y no meditan las verdades eternas. 3º El huir las ocasiones de pecar, aunque sea levemente, porque

estas abren paso al pecado mortal; y por eso evitar las malas compañías. 4º Tomar un buen tenor de vida, continuando sin intermision y con el mayor empeño. El último es pedirlo sin cesar á Dios, quien repetidas veces ha prometido oirnos y concedernos lo que pidiéremos: tomaré por medianero con el Eterno Padre á Jesucristo, y por intercesora con Jesucristo á su Santísima Madre, que todo lo alcanza, Les haré un coloquio, pidiendo eso mismo.

EJERCICIO DECIMOCUARTO.

PARA ANTES DE LA COMUNION.

Porque acabados los ejercicios, acostumbran los ejercitantes comulgar y ganar la indulgencia plenaria que hay concedida á aquellos que los hacen, se pone al postrero de todos un ejercicio. que les disponga á la Comunion; el cual tambien podrá servir para las comuniones de entre año.

La oracion preparatoria será la acostumbrada. La composicion de lugar, imaginarme presente al altar, y delante del Santísimo Sacramento, rodeado de celestiales espíritus que le adoran con profunda reverencia. Pediré á nuestro Señor, que pues este Sacramento, como dice S. Juan, Crisóstomo, es extension del Misterio de la Encarnacion, se digne preparar, con el ornato de las virtudes, la morada de mi corazon, como preparó para la Encarnacion el alma Santísima de la Vírgen, y en especial con reverencia y amor.

PRIMER PUNTO: consideraré por una parte aquella soberana grandeza y Magestad de Dios que verdaderamente está en el Santísimo Sacramento y que es el mismo Señor, que con sola su voluntad crió, conserva y gobierna los cielos y la tierra, y con sola ella lo pueda todo aniquilar; en cuya presencia, como dice Job: los ángeles y mas elevados serafines encogen las alas, tiemblan y se extremecen; y por otra parte, miraré mi flaqueza y miseria, pues siendo que por mi naturaleza soy tan pobre, que ayer salí de la nada, y que mi cuerpo y alma están sujetos á mil desdichas, yo me he hecho mas vil por mis pecados.

Ponderaré: que si Santa Isabel se admiraba de que la Madre de su Dios y Señor, entrase en su casa; y si la Santísima Vírgen, habiendo de recibir al Verbo Eterno en sus entrañas, no se queria nombrar, sino esclava del Señor, ¿qué será razon que sienta yo en mí? ¿Cómo me he de llegar á mi Dios? Me humillaré como el Publicano del Evangelio, que no atreviéndose á levantar los ojos al cielo, pedia á Dios misericordia.

SEGUNDO PUNTO: considerar la inmensa bondad, misericordia y liberalidad de Dios, la cual especialmente se manifiesta en esta obra, que toda es invencion propia de su amor; y para esto comprendió en ella todos los beneficios que nos habia hecho; en particular el de la Encarnacion, para unirse con cada uno que le recibe y hacerse una misma cosa con él; y el de su pasion, para comunicar á todos con abundancia los frutos de ella.